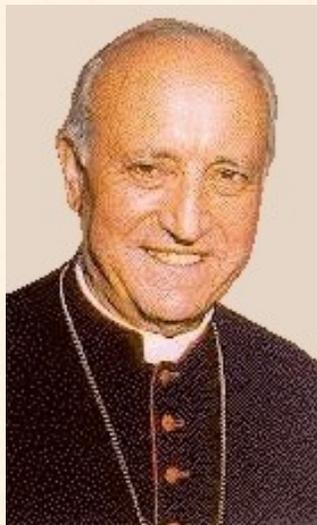


Cultura familiar

Publicada en «Paraula-Iglesia en Valencia» el 12 de octubre de 2003



Con la familia no se deben hacer experimentos. Resulta paradójico que el sentido ecológico que impregna buena parte del pensamiento actual no se detenga a reflexionar sobre qué es lo que la naturaleza ha diseñado y dispuesto para la procreación, cuidado y crecimiento de cada ser humano. La unión de un hombre y una mujer, la necesidad de amor, alimentación y cuidado durante un largo período temporal -muy superior al de las especies animales-, todo ello nos ayuda a reflexionar sobre el sentido que la naturaleza da a la familia.

A lo largo de la historia del mundo, las sociedades han ido evolucionando en la forma de entender las relaciones humanas. Frente a los modelos que fomentan la unión inestable de la pareja, la Iglesia, a la luz de lo que Jesús hizo y dijo, ha comprendido que la unión exclusiva e indisoluble entre un hombre y una mujer es la relación más perfecta para formar una auténtica familia, de acuerdo con los dictados de la propia naturaleza física y psicológica del ser humano.

Es urgente que los cristianos proclamemos la verdad sobre el matrimonio y la familia. Privar a los varones y mujeres de nuestros días de esta verdad es injusto. Los jóvenes necesitan una respuesta que vaya a las raíces y explique su sed íntima de amor verdadero, de complementariedad, de captar el sentido adecuado de la sexualidad y de su colaboración con Dios en la transmisión de la vida humana.

Sobre ello ha vuelto a insistir Juan Pablo II al indicar que «son muchos los factores culturales, sociales y políticos que contribuyen a provocar una crisis cada vez más evidente de la familia».

Los fracasos familiares no son considerados por gran parte de la sociedad europea como errores que hay que analizar, prevenir y corregir, sino como ejercicios legítimos de la libertad. Hemos de advertir que la infidelidad, el engaño o abandono entre los esposos son conductas que destruyen el amor y la confianza depositadas provocando un maltrato psicológico y moral al otro cónyuge y también al resto de la familia.

Eliminar el juicio moral tiene frutos dañinos como la irresponsabilidad ante la propia familia, la incapacidad de dar la vida por los más cercanos, la pérdida del sentido de la cultura familiar.

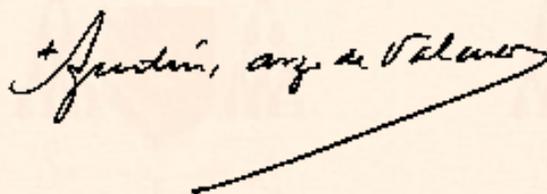
¿Qué debe hacer la Iglesia ante el deterioro de la cultura familiar? El Santo Padre insiste con firmeza en que la Iglesia debe desempeñar el papel de garante de los auténticos bienes familiares. Debe huir de la tentación de transigir, de pactar, de rendirse ante la adversidad, de hacer el juego a quienes atentan contra la familia. «En este contexto se pide a la Iglesia que anuncie con renovado vigor lo que el Evangelio dice sobre el matrimonio y la familia, para comprender su sentido y su valor en el designio salvador de Dios».

La familia no se entiende de manera completa con categorías seculares cerradas a Dios. Si cada ser humano es un misterio de dignidad, y la familia es la encargada de concebirlo y educarlo, en la comunidad familiar se producen acontecimientos verdaderamente trascendentes, que no se pueden reducir a la consideración de meros negocios humanos. Dios cuida de la vida de los hombres, de cada ser humano, como se cuida de un tesoro irrepetible. El matrimonio y la familia provienen de la voluntad de Dios, que quiere que todos los hombres reconozcan la plenitud de dignidad que conlleva la filiación divina.

La Iglesia está llamada a romper la inercia intelectual de los que creen que la familia es algo del pasado, que debe evolucionar hacia la pareja inestable. Los varones y mujeres de hoy deben descubrir la verdad de la familia como íntima comunión de vida y amor, abierta a la procreación de nuevas personas, comprometida con la educación de los hijos, solidaria con las demás familias, llamada a renovar la vida de la sociedad.

El Encuentro Internacional de las Familias, que el Santo Padre ha confiado a Valencia para el año 2006, será una gran oportunidad para fomentar los valores familiares que aportan estabilidad y felicidad a cada individuo y a la sociedad.

Con mi bendición y afecto,



Agustín, arz. de Valencia

[Regresar](#)